

# PREGÓN DE SEMANA SANTA 2010

*Carmelo Gómez Milanés*

Señor Presidente y miembros de la Junta de Hermandades, Señores Párrocos, Excelentísimo Señor Alcalde y miembros de la Corporación Municipal, amigos todos:

Desde este marco incomparable de nuestra Ermita de los Santos Médicos, me dirijo a todos vosotros, no sin antes pedirle, a ellos y a nuestra Patrona la Virgen del Oro, que me ayuden a expresar lo que quiero decir en este pregón de Semana Santa.

Todos los pregoneros reciben la llamada del Señor Presidente de la Junta de Hermandades para comunicarles que han sido elegidos para dicho fin.

Mi caso ha sido atípico, ya que al formar parte de esta Junta, representando a nuestro Señor Cristo de Medinaceli y Cristo del Silencio, tuve que estar presente en la votación.

Conforme se iban incrementando los votos a mi favor, me invadían dos sentimientos: por un lado orgullo y alegría y por otro una profunda responsabilidad, al pensar sí estaría a la altura de tan ilustres pregoneros, que me han precedido.

Si tuviese que poner título a mi pregón, sería el siguiente: “La Semana Santa de mi pueblo, con sus desfiles, vivencias y anécdotas”.

¿Por qué este título? porque pretendo hablaros desde la sencillez y la cercanía que me han caracterizado desde muy niño. Pues ya con siete años, viendo a mis hermanos mayores participar en las procesiones con las hermandades del Niño y San Pedro, despertaron mi curiosidad y entusiasmo. Por ello comencé a desfilar en la cofradía del Niño.

Era tal la alegría que sentía, que me era indiferente la labor que me encomendaran, ya que para mí lo más importante era formar parte de la semana santa.

**¡QUÉ RECUERDOS DE AQUELLA ÉPOCA!**

Como buen principiante que entonces era, no tenía túnica, por lo que me fui a casa de David “de los perros gordos” - que en paz descanse -, ya que allí conseguiría una.

- ¿Se puede?- pregunté.

A lo que me respondió su mujer

- ¡Adelante!

- Mire usted, me gustaría saber si les queda alguna túnica para salir en el Niño.
- ¿Tienes capirote?

Y cuando ya me veía con la túnica en mis manos, David salió de su tienda, tan serio y a la vez tan bondadoso, y volvió a formularme la misma pregunta, añadiendo:

- ¿De quién eres hijo?
- de la Pilar “ del Rito “.\_ dije
- ¡Válgame hijo, pasa, pasa!, con la amistad que tengo con tú madre, pero cómo no has venido antes? pues de haberlo sabido te habría guardado una, di las últimas la semana pasada.

Yo me quedé de piedra.

Tras darle las gracias me fui desconsolado a mi casa, cuando nada mas verme entrar mi hermana Joaquina, con lágrimas en los ojos y tras narrarle lo acontecido, se puso manos a la obra y con la ayuda de nuestra vecina Isabelita “de las maravillas”, consiguieron confeccionar la túnica y hacer realidad mi sueño.

Así fueron mis comienzos, hasta que avanzados los años formé parte como andero en la Hermandad de San Juan. Aquí he vivido procesiones muy emotivas. ¡Qué anderos, caminando al son de la banda de música que acompañaba a la Virgen!, pues por aquel entonces no teníamos ni tambores, ni cornetas.

Recuerdo con especial cariño, aquel primer Miércoles Santo. Cómo *Fernandico de Hoya*, autor de la imagen, Jabeque, nuestro querido Joselito y por supuesto David y Jose María (Garrabú), a la hora punta dirigían la salida del santo hacia el atrio. Por supuesto nadie se movía del lado del trono, ¡que anderos!, ¡que seriedad!, que amistad cultivamos, con que cariño y fe llevábamos a nuestro San Juan.

Por ello a lo largo de mi vida, no sólo he colaborado con dichas hermandades, sino que he prestado mi ayuda donde me han necesitado.

En mi mente siempre rondaba poder formar parte de la Hermandad del Silencio. ¡Qué belleza de Cristo! ¡Qué imágenes!, por supuesto de Planes, las cuales les fueron encomendadas, aportando su saber, su talento, su grandeza en todo lo que hacía.

Gracias a Félix de Cayetano y familia, gracias de corazón desde aquí, gracias Rafael de Generoso, Gracias Jose Antonio Gómez (Chaleco), qué imagen del Cristo de Medinaceli restaurado este año por el mismo restaurador, - Mariano Spiteri-.

Qué tardes mas inolvidables aquellas en la Plaza de Toros, qué bonito cuando entrábamos a cogerle para subirle al trono, qué mirada y qué recordado será siempre por las grandes figuras del toreo, las cuales se encomendaban en él.

¡Cuando nuestro recordado Roque!, con sus manos tan armoniosas, ponía cada rosa en su sitio hasta dar su fin, allá por la media tarde.

Qué conjunto de jóvenes estábamos con Rafael, deseando que llegara la hora para procesionarle, junto con la Virgen Nuestra Señora de la Esperanza. ¡Qué procesión! con que devoción íbamos todos, cofrades, anderos y fieles. Qué movimiento de melena al son del paso, que alegría se le veía a Rafael en su rostro siempre delante del trono. Aquello impresionaba. Yo pensando me decía - qué guapo va, al dar la curva de la Estrella hacia la Era, viéndose a los dos tronos Hijo y Madre-. Yo debajo, aún con mi corta estatura me iba creciendo para llevarle, íbamos los justos, por lo que intentaba no quitarme.

Por fin llegaba al Atrio y de nuevo a paso ligero subíamos al Cristo a la Plaza de Toros; allí nos esperaba de nuevo Roque para desvestir el trono y dejarlo a punto para Jueves Santo.

Esta Hermandad tuvo gratos y muy buenos momentos, pero como todo en la vida también paso por algunos altibajos. Hecho que hizo que me implicase cada vez mas.

Por la falta de anderos para llevar estas imágenes se acordó que cada año fuese una Hermandad la que procesionara con el Cristo, lo cual para nosotros fue un alivio.

Ya pasado algún tiempo, y sin esperarlo, decidimos formar la Hermandad elaborando los pertinentes estatutos, por los cuales regirnos. Y cual fue mi sorpresa, cuando me ofrecen el cargo de presidente de la misma. No voy a negar que al principio tuve mis dudas, pero pensando en las labores que podría realizar, ¡ACEPTÉ!

A partir de este momento, constituimos una Directiva, nombrando como Presidente honorífico a Rafael de Generoso.

Uno de nuestros principales cometidos, fue poder contar con nuestros propios anderos y nos pusimos manos a la obra.

Aunque no lo creáis, a pesar de mis años siempre he sabido conectar muy bien con la juventud, Y con Juan Carlos, mi tesorero con el que estoy muy compenetrado y Ángel de la Farmacia, que es un todo terreno, pudimos conseguir formar tanto un grupo numeroso de anderos como de cofrades.

Conseguido este propósito, nos restaba comprobar el estado en el que se encontraba el trono, pues por tener, tenía hasta carcoma. Comenté esto a Juan Carlos y a Ángel y vimos que era imposible restaurarlo por lo que tuvimos que hacer uno nuevo.

No disponiendo de muchos recursos, hablamos con Joaqui de Mari Paz y comprando la madera, nos confeccionó el armazón, no percibiendo nada por su trabajo, de lo cual le estaré siempre agradecido.

Terminado el armazón, Ángel y Juan Carlos dieron los últimos retoques hasta finalizarlo.

Poco a poco la Hermandad se ha ido engrandeciendo, eso sí, a falta hoy día de personas excepcionales como Don Humberto, Pepe el Droguero, Rafael (hijo de Puré), Esmeralda Gómez y por supuesto, mi querido José Antonio al que prácticamente vi nacer.

Gracias a las cuotas de todos los miembros fuimos prosperando.

Viendo yo el trasiego, que conllevaba el tener un solo trono para proceder al cambio de peanas e imágenes, pues todos sabéis, que Martes Santo el Cristo de Medinaceli se arregla en el salón de tronos, mientras que el Cristo del Silencio, se viste de flores en la antigua almacén de Frutas Esther, al igual que la vez anterior, barajamos la posibilidad de hacer un trono exclusivamente para el Cristo de Jueves Santo, y de este modo, cada imagen tendría el suyo. En esta ocasión fue Domingo “de María Elena de Gálvez” el encargado de realizar el nuevo armazón y el lacado.

Los faroles y demás adornos fueron tarea de mi buen amigo Domingo Ródenas, del pueblo vecino de Caravaca.

Por falta de tiempo ese mismo año tuvimos que desfilas con el trono inacabado y pasado por agua. ¡Qué nervios, Dios mío!, cuando por la calle de Doctor Molina todos los procesionistas y autoridades me decían:

- ¡Carmelo suspende! y yo con un no rotundo seguía y mirando hacia atrás, con la luz apagada todavía veía caer más agua. El trayecto se hizo interminable. Cansados y agotados por los nervios, pero con mucha fe, al fin llegamos al Atrio, para rápidamente trasladarnos al almacén, donde depositamos al Cristo entre sonrisas y aplausos, tomando seguidamente un no menos merecido aperitivo.

Qué sufrida fue esa noche; ahí me crecí más en la Hermandad; ahí contemplé la fuerza que nos da este Cristo aquí presente. Al que mirándole a los ojos fijamente, le dije:

- Gracias y hasta el año que viene.

Al año siguiente, todo perfecto y terminado, esta vez claro sin lluvia. Jesús Bendito comienza a vestir el trono junto a Octavia de Generoso y Maruja de Rodolfo, es en este momento cuando me viene a la memoria, *Isa y Joaqui del Chirrico* que ayudados por Lourdes y Pili de la Felicita, lo hacían en presencia de Rafael.

¡Qué tardes más maravillosas entre recuerdos y anécdotas!  
El primero en llegar, mi cuñado Ricardo pues es el que marca el paso, y mi otro Ricardo, que además de llevar el estandarte, prácticamente hace de todo.

Son las doce menos cinco y llega el Cristo al Atrio de la Iglesia. A las doce en punto se apagan las luces y en el silencio de la noche, se escucha el toque del tambor y el crujir de la madera, cuando mis jóvenes anderos cargan el trono sobre sus hombros. Y es en ese mismo instante, cuando de lo mas profundo de mi ser, llega a mi mente la letra de una oración que un día escuche a mi mujer, y que dice así:

“No me mueve mi Dios para quererte,  
El cielo que me tienes prometido,  
Ni me mueve el infierno tan temido,  
Para dejar por eso de ofenderte.  
Tú me mueves Señor, muéveme el verte,  
Clavado en esa cruz y escarnecido,  
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
Muévanme tus afrentas y tu muerte“.

Cuando damos la curva, en la antigua calle Prim, ahora Sor Luisa Velasco, Yiyo ya aguarda en su balcón, esperando que los anderos mezan al Cristo hacia la izquierda, para poder tocar la Cruz.

Una vez finalizada la procesión, hacemos oración ante el monumento, acompañando a nuestro Señor y esperando que el reloj marque las 4:00, para que de comienzo la Procesión de los Penitentes.

Es aquí donde quiero mencionar a mis dos antecesores, Tío Atanasio y Joaquín Cano, sin dejar en el olvido a mi amigo Evaristo.

El Vía Crucis parte de la Iglesia San Pablo, donde en la puerta espero la salida del estandarte llevado en su día por el maestro Amorós, y los faroles. Distribuyendo Pepe Jarras los papeles con las estaciones y yo preparado con

Julines, canto la primera estación que como un lamento en la madrugada suena así:

“Considera alma perdida,  
Que en aqueste paso fuerte,  
Dieron sentencia de muerte,  
Al redentor de la vida”.

Y prosigue la procesión rezando el rosario, como lo hacía nuestro amigo Augusto y cantando el resto de las estaciones, por el itinerario de siempre.

Es para mí de obligación recordar aquella madrugada de Viernes Santo de marzo del 77, cuando esta misma procesión pasaba por la Era, rezando la estación que corresponde en la puerta de la Pilarica, un grupo de gente a pocos metros de nosotros llamó nuestra atención.

Quién iba a imaginar que aquella noche sería la protagonista de tal fatídico suceso.

Al dar la vuelta, para proseguir hacia la Ermita, Rosita del estanco y la Puré me dicen entre susurros:

¡Carmelico parece que algo pasa!

No pasaron unos segundos, cuando Pedro el policía me llama y me da la amarga noticia del accidente.

Este fue el único Viernes Santo, que los pasacalles como es costumbre no anunciaron la procesión de la mañana, con la subida de las imágenes a la Ermita y su salida posterior rezando las estaciones del Vía Crucis.

Volviendo a nuestros días, quiero relataros lo que para mí significa la procesión de Viernes Santo en la noche, “El Santo Entierro”, la más solemne de todas.

Un representante de cada hermandad acompaña al Santo Sepulcro. Los tronos se hacen cada vez más pesados, en los hombros doloridos de los anderos.

Es a mitad del trayecto, en la calle Doctor Molina, como al pasar veía a Don Antonio Templado, que desde su ventana contemplaba el desfile procesional, con mucha devoción.

Unos metros mas abajo, a la izquierda, nos encontramos con la casa hoy día cerrada, de aquel gran profesional y gran hombre, el Doctor Molina, fundador de esta Hermandad del Santo Sepulcro.

Llegando al final del recorrido y subiendo el Cristo yacente al atrio, se hace un emotivo ritual que algunos abaraneros desconocen.

Al son de su banda, entrando a la Iglesia, bajan al Cristo del sepulcro, que en presencia, de la viuda de Paquito de la Ramona e hijos, lo depositan donde queda expuesto.

A continuación en silencio y con mucho respeto esperamos la llegada de la Virgen. Es emocionante ver como suben los anderos la cuesta del atrio, meciéndola lentamente.

En este preciso momento, no puedo olvidar, a una persona excepcional, Maria de la Mulata, que tantos años y tanto esfuerzo dedicó a esta hermandad.

Llegando la Virgen a la puerta de la Iglesia, allí la esperan entre otros el Coro Parroquial, con su director para cantarle un dolor de David Templado, que dice así:

“En el Sepulcro escondida,  
Tanta grandeza y bondad,  
La madre queda sin hijo,  
En amarga soledad”.

Y así se da por finalizada la semana de pasión.

Se hace el silencio, anhelando las campanadas de Sábado de Gloria, anunciando con júbilo su Resurrección.

Amanece la mañana del Domingo, con un aroma y color diferentes, hasta el sol parece brillar más que de costumbre. La serenidad inunda nuestros corazones.

Poco a poco la plaza vieja va cobrando vida, los balcones se van llenando de gente, esperando que la procesión comience.

Es el niño el primero en aparecer por la Placeta de Hellín. Por la esquina Médico Gómez, asoma San Pedro (imagen también de Planes, adquirida en su día por Don Pedro García Carrillo), seguido de la Verónica, (velando por ella siempre mi amigo Feligres padre), la Hermandad del Ecceomo (teniendo como presidente muchos años a Pedro Carrillo Martínez), María Magdalena y San Juan.

Tras el niño, el Ángel (adquirido por Antonio Peñaleja, para la Hermandad del Descendimiento), anuncia la llegada de Cristo resucitado, que viene a encontrarse con su amantísima Madre, la cual al verle, hace una reverencia, que seguida de otras dos, se produce el esperado encuentro. Tras la caída del manto, las palomas alzan el vuelo, acompañadas por el estruendo de los tambores y cornetas, y el balanceo simultáneo de los Santos, culminando así Domingo de Resurrección.

Así, por la experiencia de todo lo vivido y contado, finalmente os diré, que me he sentido, me siento y me sentiré eternamente orgulloso de la Semana Santa de mi pueblo.

No, sin antes desearos, que viváis estos días con Fe y religiosidad.

De corazón, muchísimas Gracias.